Es lo contrario de lo que deberia ser. El carácter propio del Evangelio, es que sea *anunciado á los pobres*.

El divino Pastor dejará las 99 ovejas del rebaño para correr en pos de la centésima. ¿Qué sucederá pues, cuando no es ya esta centésima sino las 99 las que se han estraviado, y con cuánta mas razon no dejaria á aquella el pastor, para ir á reunir y conducir á estas? Así, desde esos altares, cuya pompa sobresale demasiado sobre el espíritu, parece que se le oye quejarse de esas adoraciones privilegiadas que comprimen su amor al pueblo, y esclamar tambien como en otro tiempo: *¡Misereor super turbam!* «¡Tengo piedad de esta muchedumbre!»

Este abuso depende de muchas causas, que no permiten hacer recaer su responsabilidad en el clero y en los fieles de nuestras parroquias. La primera de todas es la insuficiencia de las iglesias. Es necesario edificar y abrir al pueblo iglesias que sean como anejas á las que existen en el dia. Es esto preciso á toda costa, correspondiendo proveer á ello á los ricos, á quienes debemos hacer la justicia de decir que en la actualidad lo verifican abundantemente. Igual homenaje debemos rendir al venerable y santo arzobispo de París, quien se preocupa vivamente de este gran designio de evangelizar al pueblo.

Tampoco falta el concurso del pueblo y de muchos seglares ilustrados y celosos. En breve pues, segun há lugar á creer, veremos por fin al pueblo al pie del púlpito de la verdad y del altar de la caridad; y le oiremos profesar con sus mil voces la fe de sus padres y del género humano. No es él ciertamente quien faltará á la

cita. La Religion católica, tanto por su espíritu como por su culto, ha sido hecha para él y él ha sido hecho para ella, porque ella es, por escelencia, la religion de la naturaleza humana que respira en él, como en su pecho, que se conmueve en él como en sus entrañas, y que no puede dejar de atraerle cuando es salvaje y de devolverlo civilizado.

Esta grande obra es de necesidad imperiosa. Diré tambien que debe ser preferida á todas las otras. Estas, en efecto, por mas que hagan preservan ó vuelven á conducir al pequeño número relativamente de aquellos sobre quienes se ejercen; pero solo es por cierto tiempo, pues estos concluyen casi siempre por esa parte ó centro mal sano del pueblo donde no se les vuelve á encontrar comunmente sino mas enemigos que antes. En este centro mismo pues, en el pueblo en masa, es en cuanto sea posible sobre quien es preciso obrar, así como operó el Cristianismo en los últimos paganos y en los primeros bárbaros. Es preciso volver á sembrar este campo con el Evangelio. Háse creido por largo tiempo que las clases ilustradas al volver á la fé, atraerian á ella á las clases inferiores. Pero aquellas, en primer lugar, no han verificado suficientemente este regreso, ó no han ejercido á su alrededor esta influencia. Además, en el estado de hostilidad social en que nos hallamos, el pueblo concibiria mas bien, con el ejemplo de aquellas, desconfianza y ódio contra la religion. Es pues al pueblo mismo á quien es preciso llegarse directamente y hablarle directamente; y no seria de estrañar que, como sucedió en un principio, fuese por medio de los pobres y de los humildes por donde Aquel que se ha declarado mas particu-

larmente su Dios, atrajera en seguida á los ricos y á los grandes.

Termino este importante punto con una reflexion suprema.

El Catolicismo por todos estos medios, y sobre todo, por la accion directa de Dios con quien no cuenta bastante nuestro desaliento, y que solo espera nuestra actividad para hacer brotar milagros, podrá resolver la cuestion social; pero solo la resolverá imperfectamente ó por algun tiempo, y nada se hará si nuestros gobernantes, cualesquiera que sean, penetrándose en fin de su divino espíritu, no comprenden que su principal objeto debe ser en adelante el pueblo, su educacion, su moralidad, sus legítimos intereses y todas las reformas y mejoras que estos reclaman.

La Revolucion ha engañado siempre al pueblo, pero ¿cómo es que este no lo advierte? Ella lo ha hecho todo *por* él, y nada *para* él. ¡Aberracion inconcebible! Ha hecho otra cosa peor. Le ha hecho odiar á aquellos que son los únicos que no han cesado de amarle y de probárselo por el único bien que se le haya hecho jamás: á los ministros y á los discípulos de esa grande y noble caridad que inspira la fé. Que observe el mismo las innumerables é infatigables obras de que son objeto todas sus miserias y todas sus necesidades; sus hijos, sus ancianos, sus enfermos, sus pobres, sus dias de descanso, sus penurias, sus aflicciones, sus dolores. De todas estas obras, ¿hay una sola que no sea católica? Si desapareciesen, ¿habria una sola que se debiera á esos charlatanes revolucionarios, que no saben hacer otra cosa que impulsar al pueblo á las catástrofes, ocultándose ellos,

que son los primeros forjadores de todas esas miserias y de todos esos males con que sufre el pueblo, por ódio á esa Religion que precisamente es la única que se ocupa en aliviarlos?

Bajo esta sola consideracion, deberia ser juzgada obsolutamente por él la cuestion.

Hay mas; si el Catolicismo pudiera hacer por sí todo cuanto quiere; si no tuviera como primer obstáculo ese ódio insensato inspirado al corazon del pueblo mismo por sus comunes enemigos, ¿sabes tú, pobre pueblo, lo que haria? Haria lo que por lo menos no cesa de reclamar, y lo que yo declaro que debe ser en adelante la única máxima de los gobiernos, al revés de lo que han practicado constantemente los revolucionarios. *Todo para el pueblo;* y me atrevo á añadir, por su propio interés: *Nada por el pueblo.*

Ya sé que con esta última parte de mi proposicion, levanto tempestades. Sin embargo, no por eso dejo de sostenerla menos; porque creo de esta suerte ganar por la mano á todos los enemigos del pueblo, que únicamente lisonjean tanto su odio contra las superioridades sociales, con el fin de que les sirva de caballo en que montar para alcanzarlas en provecho propio, como sucede en la fábula del *Caballo que se quiso vengar del Ciervo.*

El pueblo tiene cualidades que es justo reconocer. Pero es engañarle imprudentemente con la mas baja adulacion decirle al pueblo que es infalible é impecable, ó de otro modo, que es mas que hombre, que es Dios. El pueblo seria el primero que se mofase de quien, sin haber aprendido nunca nada, se juzgara capáz de hacer tan perfectamente todas esas maravillas de la industria

que salen de sus manos. En su consecuencia, ¿Cómo no vé á su vez, que es burlarse de él decirle que tiene la ciencia infusa de todas las cosas y que sobresale notablemente en la mas elevada y mas difícil de todas; el arte de gobernar?

Pero si nada debe hacerse en este órden *por* el pueblo, es á condicion de que se haga todo *para* el pueblo.

Esto es de la mayor importancia y requiere una esplicacion que, precisándolo, haga fijar en ello toda la atencion.

El pueblo, esa masa de la nacion que solo vive al dia con el trabajo de sus manos, no es mas digno de ser honrado que los que se ocupan en trabajos de otro órden; pero tampoco lo es menos. Solamente es mas digno de solicitud, de consideraciones y de simpatía, á causa de la mayor dependencia en que se halla de este trabajo cotidiano que no le permite dominar las necesidades de la vida. Hállase pues mas espuesto al abuso por esta misma dependencia. Está asimismo mas espuesto á la indigencia y á los vicios por los que trata de consolarse de aquella y que no hacen mas que sumirle mas en ellos. Agréguese á esto las preocupaciones de su estado, los agravios verdaderos ó imaginarios contra las clases superiores, esplotados y envenenados por los que tienen interés en desencadenarlos contra estas, y se tendrá próximamente la idea de ese peso social que gravita sobre él y contra el cual se halla en rebelion perpétua. Esta rebelion que es el *espíritu moderno* de la sociedad entera, aun en la clase elevada, ¿cual no debe ser en la baja y en el fondo social? Finalmente, no olvidemos que la Revolucion, por su principio absoluto de la soberanía

del pueblo, de que tanto se ha servido el estado llano para derribar y para ascender, ha dado con mayor razon al pueblo mismo un título directo, por absurdo que sea, á esta soberanía, título cuyo término no siempre podrá eludirse.

Y véase el círculo fatal que se cierra en el dia, oprimiendo la sociedad. Háse partido de la soberanía del pueblo. Este principio que funciona durante 80 años en beneficio del estado llano, implicaba desde su orígen el advenimiento del pueblo á esta soberanía que implica ella misma su goce. Sin embargo, mientras el estado llano pudo recomendarse á los ojos del pueblo por su causa comun contra las superioridades antiguas; mientras que relativamente á estas, ha sido pueblo el mismo estado llano, el pueblo ha podido resignarse al papel de instrumento, y aplazar su soberanía inmediata. Pero hace largo tiempo que estas superioridades no existen y que el estado llano ha ocupado su lugar. Desde entonces, la soberanía del pueblo ha debido dejar de ser un instrumento y ha llegado á ser para él un objeto, una realidad. Su plazo se ha cumplido, tanto mas cuanto que el título no ha dejado de sostenerse y se ha ido fortificando con todas las concesiones que debieron hacérsele. Pero en el dia nos hallamos en el fin. El terrible acreedor se presenta armado con el sufragio universal, con el mandato imperativo. Llama á la puerta, ó mas bien la derriba, irritado con tantas tardanzas y evasivas, y escitado por los miserables agentes de revolucion que esplotan todavía en provecho propio su resto de credulidad.

En esta situacion estrema ¿qué debemos decir de esos pretendidos conservadores, tan numerosos todavía,

no obstante, que solo saben oponer á esta crisis suprema el principio mismo de donde parte, y la Revolucion con que se autoriza?

¿Qué debemos hacer entretanto? Hélo aquí en dos palabras.

Abjurar esta Revolucion por nosotros mismos primeramente, volviendo á colocarnos bajo el principio divino que ella ha trastornado. Despues inspirarnos con este principio para que el pueblo no se interese por la Revolucion, haciendo en beneficio suyo todo lo que ha hecho ella en su daño.

Es preciso obrar á la manera del pararayos; descargar la nube, evitando la esplosion. Esta es una obligacion natural.

En todo estado, la sociedad debe ocuparse del pueblo, porque ella es su curadora y su patrona. Es una obligacion natural. De esta obligacion desconocida del mundo antiguo ha hecho el Cristianismo una ley. En la sociedad antigua la cumplia la Iglesia. La Revolucion ha desheredado de ella al pueblo. Sustituyéndose á la Iglesia, lejos de cumplir su tarea moralizadora y bienhechora ha pervertido y arruinado al pueblo. Le ha hecho desgraciado de todos modos: aumentando sus vicios y su codicia, satisfaciéndolos con goces emponzoñados y con un falso bienestar que acrecienta su miseria material con toda la miseria moral que los absorbe y abandonándole á ellos en pró de los que han medrado con él. Ha hecho el pauperismo, llaga horrible de donde procede el socialismo.

En todo gobierno digno de este gran carácter, debe haber tres cosas ordenadas de la manera siguiente. El

Soberano, que es el principio; el pueblo, que es el objeto; la clase política que debe ser el medio.

Ahora bien, en todos los gobiernos revolucionarios y pretendidos liberales, el medio ha absorbido el principio y el objeto. La clase política lo ha sido todo; no teniendo el cuidado del poder y del pueblo sino para ella sola, sirviéndose de este para escalar aquella; para interceptar, dividir y comprometer, en beneficio suyo esclusivo, lo que deberia coaligar ó reunir, pacificar y servir para el bien público.

Este género de gobierno ha concluido. En vano se intentará carenarlo, y ponerlo á flote. El pueblo mismo subirá y devorará todo gobierno, si no se apresuran á asociarse al verdadero gobierno, á aquel únicamente que gobierna para el pueblo, gobernando en nombre de Dios.

Asi es como la cuéstion social vuelve á la cuestion católica; tal es la única solucion que puede recibir.

VI.

EL CATOLICISMO Y LA CUESTION NACIONAL.

¿Y ahora quién no vé que la cuestion nacional, los intereses europeos y universales de la Francia, vuelven ó se refieren tambien á la cuestion católica?

Seria proceder injustamente con la Revolucion condenarla respecto de un objeto que no se ha propuesto nunca, la grandeza y el rango de la Francia en el mundo. Si ella se hubiera cuidado de esto, habria dado pruebas en el modo de sostenerlos, de una incapacidad sin igual. Pero no, jamás nos ha henchido hasta este punto